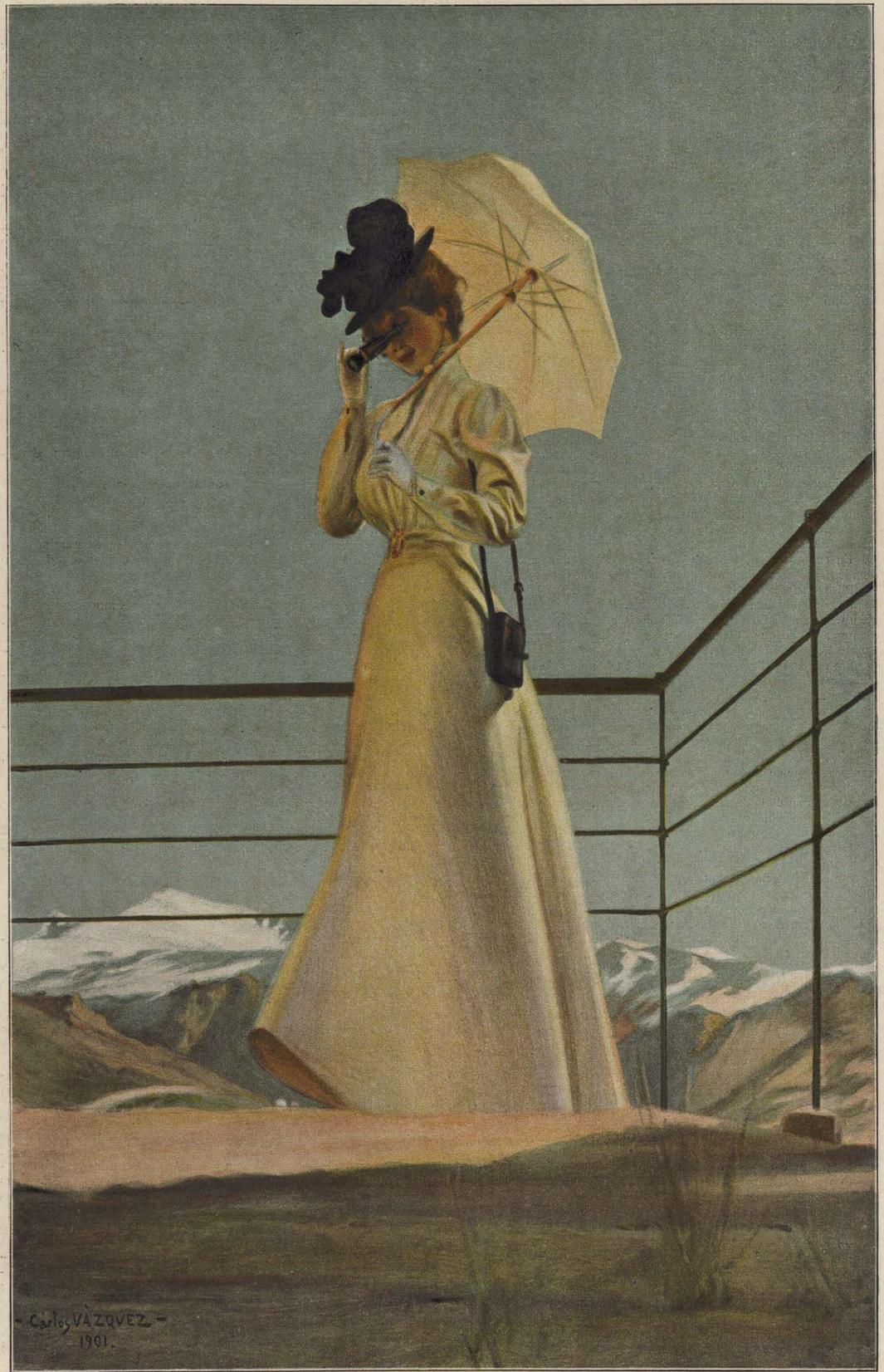




POMPAS DE JABÓN



Cuadro de CARLOS VÁZQUEZ.

EL GUARDIÁN

A migo del alma: cuando recibas ésta me encontraré ya navegando con rumbo a Europa. He realizado mis negocios de un modo tan inesperado como ventajoso. Soy dueño de una fortuna considerable. Tengo, como cien veces te he dicho, algo que vale infinitamente más; una mujer, que es un tesoro, y una hijita, que es un encanto. ¡Me parece un sueño! Necesitaba disfrutar de tanta felicidad en esa tierra que abandoné solo y miserable; necesitaba estar a tu lado... ¡Familia, amistad, fortuna!... ¡Todo lo voy a poseer! ¡Qué feliz soy!... No te escribo más... Tengo tanto que contarte!... Prepárate para el abrazo que te tiene reservado desde hace doce años! tu hermano, mejor que amigo,

JAIME.»

«Llegaremos a Burdeos en el vapor *Argentino*.»

Nada hubiera podido alegrarme tanto como la lectura de esta carta. Jaime y yo, nos llamábamos amigos y el vocablo tenía para nosotros todo su verdadero alcance.

La historia de Jaime se podía simbolizar en pocas palabras: Un hombre que se cae al agua, en pleno Océano, pero que no quiere ahogarse y su voluntad le salva.

Sus honrados padres que habían alcanzado una fortuna tras muchos años de trabajo rudo, vieron arruinados en un instante por un malvado ocioso: esto se ve todos los días a pesar de la previsión y sabiduría de los códigos. Jaime se quedó en la miseria y, al poco tiempo, sin padres; huérfano y pobre. Como no quería ahogarse en el Océano de miseria en que se había zambullido, adoptó una resolución suprema, y salió de Madrid y no paró hasta Buenos Aires, en donde desembarcó con veinte céntimos, último resto de las pesetas que se pudo proporcionar para el viaje.

Algún día quizás publique la correspondencia cruzada entre Jaime y yo durante sus doce años de residencia en la Argentina. Baste saber por hoy que, después de varios coquetos crueles, la fortuna se entregó decididamente a Jaime, dándole dinero, una mujer, de la que, según me escribió, estaba locamente enamorado, y una hija encantadora, como también me lo comunicó mi amigo a su debido tiempo.

Por lo demás, el lector podrá formar juicio de la felicidad de Jaime, con la lectura de su última carta.

En cuanto la leí, hice mi maleta y tomé el tren para Burdeos, a donde llegué pocos días antes de que el *Argentino* anclase en el farona.

Pueden suponerse los que esto lean, la efusión y los transportes de cariño con que Jaime y yo nos abrazamos. Confieso que las expansiones de nuestra amistad hicieron que fuésemos descorteses, pues pasó mucho tiempo antes de que él me presentase a su mujer para que yo me apresurase a ofrecerle mis respetos.

Sin embargo, Clara, que así se llamaba la mujer de Jaime, nos disculpó con encantadora sonrisa y Clarita, interesante personaje de cinco años, me abrazó y besó sin ningún cumplimento.

—Las he hablado tanto de ti—me dijo Jaime, riendo y llorando— que las dos te conocen y te quieren hace mucho tiempo.

Dudo que abunden momentos más felices que los que pasamos entonces. Mis amigos se establecieron en Madrid y me costó mucho trabajo convencer a Jaime de que no podía vivir en su casa; pero nos velamos todos los días y raro era aquel en que no almorzaba o comía con ellos, pues si Clara y su marido lo deseaban, Clarita lo exigía, y ya se sabe lo que es un tirano de cinco años.

Y ahora caigo en que todavía no he presentado ni al tirano, ni a su madre. Lo haré en pocas palabras.

Clara era una mujer encantadora; el negro de sus cabellos y sus ojos se combinaba admirablemente con el blanco mate de su rostro y el carmin de sus labios, siempre sonrientes; su cuerpo esbelto era uno de esos (se ven pocos) que deben sentir la nostalgia de la túnica griega; su voz, si quisiera hacer frases, diría que era verdadera compatriota de su poseedora; pues Clara era argentina; pero hay mujeres que tienen una voz deliciosa, que no la emplean sino en decir tonterías: algo así como un stradivarius puesto en manos de un murguista, al revés de Clara que sabía emplearla en aménísima conversación. Era, en suma, una mujer bellísima é inteligente, preciadísimo consorcio que escasea más de lo que se piensa.

Clarita era una delicadísima miniatura de su madre. Es inútil toda otra descripción.

Mis amigos llevaban un año de residencia en Madrid y todo al parecer continuaba lo mismo.

Sin embargo, se notaba, es decir, notaba yo algo que no era lo mismo. Continuaba viéndoles todos los días, continuaba sentándome a su mesa casi todos, continuaban prodigándome el mismo afecto, pero yo sentía un vago disgusto y algunas veces, cuando llegaba la hora de mi visita, experimentaba el deseo en no efectuarla.

¿Por qué? No lo sabía ó, por mejor decir, no quería saberlo; pero al fin lo supe y lo supe de pronto, inesperadamente, y no fui yo solo quien lo supe.

Estábamos en los postres cuando un criado entró en el comedor y entregó un telegrama a Jaime.

La lectura del papel azul disgustó visiblemente a mi amigo.

—¿Qué ocurre?—le preguntó Clara.

—Nada de particular, en realidad, pero me contraría bastante—contestó Jaime.—Mi agente de París me telegrafía diciendo que es necesaria mi presencia allí para el negocio de las minas.

Jaime a su regreso de América había emprendido algunos negocios, pues el dinero, como él decía, debe circular en beneficio de todos.

—¿Y qué vas a hacer?—volvió a preguntarle Clara.

Hubiera jurado que la argentina voz de Clara temblaba algo. Yo no desplegué los labios y, sin saber por qué, no me encontraba cómodo en mi asiento.

—Salir mañana mismo para París—respondió Jaime.—Bastante lo

siento, pero no hay más remedio. De todos modos, espero que mi viaje no durará sino quince ó veinte días.

Y, poniendo una mano en mi hombro, añadió con su franco acento: —Espero que durante mi ausencia velarás cuidadosamente por mi tesoro.

Y cogió cariñosamente una mano de Clara, mientras besaba a Clarita que se había colgado de su cuello, haciendo pucheros.

No contesté y me reí, pero me parece que mi risa debía ser bastante estúpida.

—Vaya, monina—exclamó Jaime, dirigiéndose a Clarita;—no llores, que volveré prontito y ya verás qué cosas tan bonitas te voy a traer de París.

Esta promesa tranquilizó algo a la niña que volvió a ocupar su asiento. Jaime salió del comedor diciendo que iba a buscarme un magnífico cigarro.

En este momento miré a Clara, ella me miró también; se puso muy encarnada y yo sentí un golpetazo en el corazón; nuestros ojos se miraron nada más que un instante, pero en ese instante comprendieron que era la primera vez que se miraban de aquella manera.

Cuando me despedí después, también debían comprender, la mano de Clara y la mía, que era la primera vez que se juntaban de aquel modo.

Todo era primero en aquella noche; era el primer paso en camino de la deslealtad y de la infamia.

Declaro que en cuanto me encontré en la calle oí que una voz potente me dirigía los mayores ultrajes y recriminaciones.

Al día siguiente se marchó Jaime. Su mujer y yo fuimos a la estación a despedirle.

Cuando Clara subió a su carruaje, el lacayo, respetuosamente descubierto, esperó ante la portezuela a que yo hiciera lo mismo.

—¿No sube usted?—me preguntó Clara con voz alterada.

—No—contesté resueltamente.—Voy a... dar una vuelta.

—Entonces... hasta... mañana?

—Sí... hasta... mañana.

Partió el coche y yo, con el sombrero en la mano, me encaminé hacia la carretera del Pardo. Necesitaba aire fresco para el cuerpo y aire puro para el alma.

Llegó «mañana.»

En las horas que precedieron a ese mañana pensé mucho y tomé muchas resoluciones, pero como acontece generalmente en el «sexo fuerte», no sirvieron para nada mis pensamientos, ni mis reflexiones.

La razón no sirve en la mayoría de los casos sino para hacer lo contrario de lo que dicta.

A las once de la mañana estaba yo en casa de Clara. Esta se presentó inmediatamente. Vestía... no recuerdo si vestía de oscuro ó de claro, si de esta hechura ó de la otra; vestía como debía hacerlo para estar más hermosa que nunca, es decir, su excepcional hermosura no podía depender de sus atavíos, dependía de una sola gala. del amor, amor criminal, es cierto, pero amor que, ya sin dudas ni reservas, presentábase soberano, arrollándolo todo, ante nuestros ojos.

—¡Clara!

No recuerdo que pronunciase yo más palabras, ni que ella articulara ninguna. ¿Para qué?

Cuando nuestros corazones habían hablado ya, aun sin nuestro consentimiento y a pesar de nosotros mismos, era inútil que los labios ratificasen aquel coloquio.

Con las manos enlazadas, mirándonos fijamente, no sé el tiempo que permanecimos.

Dudo también de que en aquellos instantes nos perturbase ningún remordimiento.

Los remordimientos son de este mundo y nosotros nos habíamos alejado de él.

Sin embargo, a él fuimos bruscamente llamados y por alguien que aún no le pertenecía, por alguien a quien el mundo no había hablado todavía su péfido lenguaje.

Clarita acababa de entrar en el gabinete.

Clarita entró cuando nuestras manos estaban aún enlazadas, cuando nuestros ojos estaban aún mirándose.

—¿Estabais hablando de papá, no es verdad?

Difícilmente encontraría palabras para indicar lo que Clara y yo experimentamos ante aquella pregunta infinitamente más cruel que una acusación.

Lo mejor será relatar los hechos sencillamente.

Hay ocasiones en que el alma experimenta tales sacudidas que, aunque la comparación es mezquina, se asemejan a las catástrofes geológicas, pues así como éstas sepultan en un instante islas y continentes, no dejan rastro en la tierra de sus anteriores configuraciones, así aquellas arrancan sensaciones y sentimientos, dejando al descubierto abismos horribles. No sé lo que sucedió.

Clara y yo nos miramos con terror; después ella se echó a llorar; yo permanecí sin movimiento.

Clarita nos miró unos momentos con el mayor asombro; luego se dirigió a su madre, se abrazó a su cuello y, dirigiéndose a mí, con voz indefinible, con voz que jamás había brotado de sus labios infantiles, exclamó: —¡Mal!

Huí... de la casa, de Madrid, muy lejos.

Hice poco supe que Jaime, con su mujer y su hija, se ha vuelto a América, llorando mi ingratitud.

LUIS DE TERÁN



J. LLAVÉRAS

Salón Robira (Fernando VII, 59).

EN EL ANTEPUERTO (BARCELONA).